

Miércoles 30 de Septiembre 2015
Evangelio del día
Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Jerónimo (30 de Septiembre)

“El Reino de Dios está cerca de vosotros”

Primera lectura

Lectura del libro de Nehemías 2,1-8

Era el mes de Nisán del año veinte del rey Artajerjes. Tenía el vino delante, y yo tomé la copa y se la serví. En su presencia no debía tener cara triste. El rey me preguntó: «¿Qué te pasa, que tienes mala cara? Tú no estás enfermo, sino triste.»
Me llevé un susto, pero contesté al rey: «Viva su majestad eternamente. ¿Cómo no he de estar triste cuando la ciudad donde se hallan enterrados mis padres está en ruinas, y sus puertas consumidas por el fuego?»
El rey me dijo: «¿Qué es lo que pretendes?»
Me encomendé al Dios del cielo y respondí: «Si a su majestad le parece bien, y si está satisfecho de su siervo, déjeme ir a Judá a reconstruir la ciudad donde están enterrados mis padres.»
El rey y la reina, que estaba sentada a su lado, me preguntaron: «¿Cuánto durará tu viaje, y cuándo volverás?»
Al rey le pareció bien la fecha que le indiqué y me dejó ir.
Pero añadí: «Si a su majestad le parece bien, que me den cartas para los gobernadores de Transeufratina, a fin de que me faciliten el viaje hasta Judá. Y una carta dirigida a Asaf, superintendente de los bosques reales para que me suministren tablones para las puertas de la ciudadela de templo, para el muro de la ciudad y para la casa donde me instalaré.»
Gracias a Dios, el rey me lo concedió todo.

Salmo de hoy

Sal 136,1-2.3.4-5.6 R/. Que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti

Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos a llorar con nostalgia de Sión;
en los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras. R/.

Allí los que nos deportaron
nos invitaban a cantar;
nuestros opresores, a divertirlos:
«Cantadnos un cantar de Sión.» R/.

¡Cómo cantar un cántico del Señor
en tierra extranjera!
Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha. R/.

Que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no pongo a Jerusalén
en la cumbre de mis alegrías. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,57-62

En aquel tiempo, mientras iban de camino Jesús y sus discípulos le dijo uno: «Te seguiré adonde vayas.»
Jesús le respondió: «Las zorras tienen madriguera, y los pájaros nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»
A otro le dijo: «Sígueme.»
Él respondió: «Déjame primero ir a enterrar a mi padre.»
Le contestó: «Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios.»
Otro le dijo: «Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia.»
Jesús le contestó: «El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios.»

Reflexión del Evangelio de hoy

«El celo del Señor nos empuja a levantar la nueva Jerusalén»

Los libros de Esdras y Nehemías narran la historia de estos personajes que desde el exilio, se encargan de la reconstrucción de la ciudad de Jerusalén y del Templo de Yahvéh. Con ellos se asienta también en el Pueblo de Israel la Ley y los profetas, la fe verdadera en Yahvéh que, con las diferentes invasiones y exilios, había sufrido notables quebrantos y había derivado en un polimorfismo religioso nada ortodoxo.

El relato nos cuenta cómo Nehemías, gobernador en el exilio, entristecido por las noticias que oye ante el deterioro de la Ciudad de sus antepasados Jerusalén, se llena de valor y entusiasmo para pedir al Rey (Artajerjes I) poder acudir a su tierra a reconstruir la ciudad de su Dios. Recibe su beneplácito y se dispone a cumplirlo.

Reflexionar sobre la disponibilidad de este hombre y el valor para servir la llamada de su Dios, que desde la lejanía de su pueblo le llama a su servicio es un ejemplo para nosotros. Deja sus arraigos, sus seguridades, su posición, su bienestar, porque el celo por servir a Dios, ser fiel a su vocación creyente, le llama y le incita a levantar un sitio digno para su Dios. Y aunque sabe que no será una tarea fácil ni exenta de riesgos, se pone en camino. Su fe puede sobre todas las dificultades imaginables, su vocación yahvista le da la fuerza y el valor necesarios para afrontar todos los riesgos y dificultades que puedan surgir. Sorprende su fe sólida, su ánimo decidido, su disponibilidad absoluta.

«El Reino de Dios está cerca de vosotros»

Este ejemplo que hemos visto en Nehemías es el que pide Jesús a quien quiera ser discípulo suyo: fe, confianza, disponibilidad, entusiasmo y prontitud.

Jesús no promete nada a sus seguidores. «El hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza». Seguir a Jesús significa desprendimiento, servicio, donación; estar al servicio del Reino es estar completamente dispuesto a la urgencia del mensaje. Ni siquiera la familia, los arraigos sociales, los vínculos profesionales pueden ser una rémora a la urgencia de anunciar el Reino. «El que pone la mano en el arado y vuelve la vista atrás no vale para el Reino de Dios». El lenguaje de Jesús habla de esfuerzo, de urgencia, de desprendimiento y ruptura con todo. El seguimiento no admite dilaciones, descuentos ni rebajas. La opción por el Reino es una vocación prioritaria y única, que ha de regir y presidir todas nuestras decisiones, nuestros pensamientos y nuestras acciones. Lo esencial es el Reino, hacer presente la voluntad de Dios. El seguimiento de Jesús es imitar su vida, copiar su estilo de vida, abiertos al camino de la cruz y el sacrificio, sabiendo que al final de esta ruta de libertad, guiados por su Espíritu, se encuentra la resurrección y la vida con Él y con el Padre. Vivir el Evangelio es situarnos en la línea de la libertad y del amor. Libertad para coger la bandera de la justicia, de la salvación para los caídos, los pobres, enfermos y pecadores, los preferidos de Dios, y estar dispuestos a luchar por esa causa, que es la causa del Reino. Y amor, buena nueva, filiación divina... el amor del Padre nos precede otorgándonos su vida y su gracia. Y este don gratuito que recibimos, esta gracia que nos hace gritar «Abba» es la que nos llena de entusiasmo y optimismo para luchar en este mundo insolidario y egoísta por la llegada del Reino, por la presencia de la salvación de Dios para una nueva humanidad basada en la justicia y el amor.

El Señor es nuestra alegría y a través de nosotros se hace presente en nuestro mundo. Seamos transmisores optimistas de nuestra fe y del amor de Dios.

¿Vivimos este entusiasmo salvífico haciendo presente la gracia y el amor de Dios por todas sus criaturas y transmitiendo ese amor gratuito que fundamenta nuestra vida?

¿Contagiamos fe, esperanza y amor con nuestra forma de vida?



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad de Laicos Dominicos de San Martín de Porres (Madrid)

San Jerónimo

Primeros años

Eusebio Jerónimo nace por el 347 en la fortificada ciudad de Estridón, entre Dalmacia y Panonia, ciudad destruida ya en vida del santo por los godos y estrechamente ligada, según parece, a la cultura latina. Su hermano Pauliniano y su hermana, más jóvenes, abrazan como él la vida monástica. Eusebio, el padre, piadoso cristiano de buena posición, le proporciona esmerada educación. De hecho, hacia el 360-67, joven aún, llegado apenas de Aquileya, cursa en Roma con excelente provecho estudios de gramática y de retórica. Bautizado en Roma por el papa Liberio, nada nos dice, en cambio, de las circunstancias que rodearon el hecho. Probó fortuna luego en Tréveris, la ciudad imperial, dejándose ganar por el ideal monástico oriental y llegando a conocer y copiar las obras de San Hilario. Vuelto con Bonoso a su patria en el 370, formó durante algunos años en torno a Valeriano, obispo de Aquileya, una piña con Rufino, Cromacio y Heliodoro que acabaría en riñas provocadas, entre otras cosas, por su afilada lengua de asceta.

Pasa más tarde a la ciudad de Antioquía, durante cuyo cisma Evagrio se había sumado a la reducida minoría ultranicena, encabezada por Paulino: en este ambiente, y tras la experiencia de Calcis, recibe la ordenación sacerdotal, aunque sin compromisos pastorales, pues Paulino buscaba adeptos y no pastores de una comunidad inexistente.

Junto al papa Dámaso

Hacia el 380, Paulino hubo de trasladarse a Constantinopla para solicitar de Teodosio el reconocimiento de su autoridad episcopal: Jerónimo se hace allí oyente de Gregorio Nacianceno, del que hereda la gran admiración por Orígenes, los secretos de la exégesis alegórica y los valores del mundo griego. Uno de sus buenos propósitos será servir de cabeza de puente entre la teología griega y la latina. Dos autores le atraen al principio: Eusebio de Cesarea, con sus trabajos históricos, y Orígenes con su exégesis: el método Orígenes, en efecto, mediante el doble aspecto de comparación del texto original hebreo o griego con las diversas versiones y de profundización en su sentido místico, dejará en él huella perdurable.

La autoridad de sus protectores orientales y el prestigio de su ciencia y su ascetismo le abrieron en Roma muchas puertas y le ganaron no pocas voluntades. El papa Dámaso lo tomó de secretario en la cancellería eclesiástica, poniéndole al frente de los archivos y encargándole de la correspondencia sinodal entre Oriente y Occidente, así como de traducir al latín las Sagradas Escrituras.

El monje de Belén

En el verano del 386, tras la visita a Palestina y a Egipto, es decir, los respectivos escenarios de la Biblia y del monacato, se instala en Belén, lejos de los ruidos de Jerusalén. Al principio de manera provisional, pero luego, al cabo de tres años, de forma definitiva, en el monasterio allí fundado. [...]

La instalación en Belén favorece una intensa actividad literaria: rigurosas traducciones bíblicas, adaptaciones de tesoros exegéticos y, como distracción, alguna que otra novela de hagiografía monástica. [...]

Allí Jerónimo enseña, predica a menudo, escribe obras admirables, alterna la vida, la oración y el estudio defendiendo la ortodoxia frente a origenistas (393-404) y pelagianos, que llegarán a incendiar su convento (417): sólo huyendo puede salvar la vida. En Belén, de todos modos, vive una vida más tranquila que la de Roma. Cuando predica, se dirige a monjes y monjas, parte principal de su auditorio. Que predicara en solemnidades, concretamente en el domingo de Pascua, puede significar que el grupo de monjes latinos, por él patrocinado como presbítero, tenía su culto propio.

Director espiritual del mundo cristiano

El año 393 rompe su silencio epistolar para emprender la que será, en este terreno, la etapa más fecunda. El círculo de corresponsales se dilata; su correspondencia se hace universal; sus cartas ganan los confines de Occidente. Jerónimo será el director espiritual que a todos atiende. El abanico de asuntos es grande, pero hay dos que mueven su pluma con desusada prontitud a la hora de responder: el ascetismo y la Biblia. Buen número de cartas, en fin, afrontan las polémicas entonces abiertas, sobre todo el pelagianismo, la contienda joviniana y el origenismo.

Especial mención merecen sus relaciones con San Agustín. Aquella amistad será entrañable. San Agustín va a ser para el anciano Jerónimo el confidente de los momentos difíciles; con él desahoga el de Belén su preocupación por la amenaza pelagiana de los últimos años, y «no deja pasar hora sin mentar su nombre» (Carta 141).

San Jerónimo fallece el 30 de septiembre del 419, dejando inacabado el comentario de Jeremías, último del ciclo de los profetas. Su fama, la del excepcional transmisor de los textos bíblicos y patristicos a Occidente, sobrevuela con la altura del cóndor los cielos todos del orbe. Sus obras contienen una documentación griega —exegética, histórica y espiritual— de excepcional magnitud. El eco de su voz resuena por Tierra Santa. Sus cartas navegan hacia Roma, donde dejara tantos amigos, pero al propio tiempo, llenas de luz y calor, llegan a las Galias y a España y a la amada tierra africana de San Agustín. El polvo enamorado de sus restos reposa hoy en la basílica romana de Santa María la Mayor.

Era tan grande su fama ya en vida que los escritos alcanzaban célere difusión. Él, que había copiado de joven tantos libros para formarse una biblioteca, obtuvo de la generosa Paula un equipo de copistas y se las ingenió como pudo para organizar una tupida red difusora mediante el valimiento de sus amigos romanos y de sus corresponsales. Después de San Agustín es, sin duda, el más fecundo escritor de Occidente.

San Jerónimo es el más grande apóstol del ascetismo antiguo y uno de los hombres más cultos de su época, epistológrafo más que homilista, escriturista más que teólogo, propagandista incansable de la vida religiosa. Su ardiente amor a Cristo le inspiró consagrarse a la divina palabra. Y su capacidad humanística, de corte clásico, alcanzó tal perfección que habría superado a Lactancio en originalidad y potencia expresiva. Gracias a él, la Iglesia latina pudo enriquecerse de los Padres griegos y leer el texto genuino de las Escrituras Sagradas. Él precisamente es uno de los cuatro grandes Padres y doctores latinos.

Suele afirmarse que se sabía la Biblia de memoria. No extrañe, en cualquier caso, reparando en el dintel de esta lapidaria frase de Jerónimo: «Si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Prólogo al Comentario sobre el profeta Isaías, 1).

Pedro Langa, O.S.A.